

LA CRITICA SOCIAL EN EL PROFETA AMOS

Humberto Jiménez Gómez

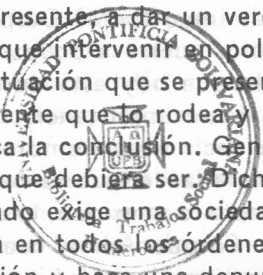
Tal vez a más de uno extrañe el que se trate el tema del profetismo bíblico en un foro social y esto sucede porque en la mayoría de las veces tenemos de los profetas un concepto recortado y una visión unilateral. Quizás por cierta inercia cultural los seguimos considerando exclusivamente como anunciadores de Cristo y predicadores de una conversión meramente espiritualista. Si así pensamos, tenemos que modificar nuestra idea fruto de una información tradicional y poco profunda.

En realidad los profetas no fueron personajes vueltos exclusivamente hacia el futuro, y olvidados del presente, todo lo contrario su función de videntes del porvenir es más bien secundaria.

Su actividad está centrada en el presente, al que tratan de interpretar según un modelo que se les ha impuesto desde arriba cuando fueron llamados al ministerio profético: esto es la experiencia de Dios.

De allí la definición que se ha hecho clásica respecto del profeta: es el intérprete de los signos de los tiempos a la luz de su experiencia de Dios.

Interpretar el presente equivale a juzgar el presente a dar un veredicto sobre él y eso hace que el profeta tenga que intervenir en política. Porque él se constituye un crítico de la situación que se presenta. El establece una comparación entre el ambiente que lo rodea y el modelo que se le ha presentado y entonces saca la conclusión. Generalmente hay un desfase entre lo que vive y lo que debiera ser. Dicho de otra manera, el modelo que él ha contemplado exige una sociedad justa, y lo que a él se le presenta es la injusticia en todos los órdenes. Entonces levanta su voz para criticar esa situación y hace una denun-



cia. Así interviene en política sin ser político, critica sin convertirse simplemente en reformador social. Los profetas realizan una crítica de la estructura social, política y económica en la cual están sumergidos.

El profeta es un personaje importante en la historia de la humanidad. Sin ellos la historia del espíritu humano había sido muy distinta. Considerados aún desde un punto de vista meramente humano son figuras extraordinarias de las cuales no se puede prescindir. Pero es evidente que no podemos entender plenamente a los profetas si no nos situamos en su mismo plano.

Ellos estaban convencidos de que eran los mensajeros de un orden superior, de que tenían comunicación con un ser trascendente al que llamaban Yavé. No vamos a discutir ahora, porque no es pertinente, si esa experiencia espiritual de los profetas fue auténtica o procedía de un factor meramente psicológico y anormal. Pero adentrarse en el estudio de esos seres sin aceptar esa experiencia de lo sagrado que ellos realizaron, es condenarnos a ver solamente la espuma de los acontecimientos. Los profetas se presentaron como testigos de lo absoluto, como heraldos de un mundo distinto que ellos han contemplado. Algunos podrían pensar que los profetas fueron místicos, pero esta afirmación no hace justicia a la realidad que ellos viven; tienen en común con los místicos su experiencia de lo sagrado, pero se diferencian de éstos en que ellos no se guardan esa experiencia para sí; la deben transmitir a otros; ellos son sólo intermediarios de esa vivencia.

El movimiento profético no es exclusivo del pueblo de Israel; donde quiera que esté presente el fenómeno religioso, allí está el profeta con su mensaje de parte de la divinidad.

Externamente muchas veces no se distinguen entre sí; pero si estudiamos sus manifestaciones, sus palabras, su resonancia en la comunidad, la pureza moral de su doctrina, la profundidad de su pensamiento, veremos que la distancia que separa al profetismo judeo-cristiano del que no lo es, es bastante grande.

Hoy vamos a escoger un profeta de Israel para presentarlo ante ustedes. Quizás para muchos no sea conocido. Se trata del Profeta Amós. Pero dirá alguien, ¿por qué no se ha escogido otro profeta más importante? Después de haber estado en la penumbra unos años, Amós vuelve a ocupar el puesto que nunca debió perder. Es un profeta que hoy está de moda. ¿Por qué se habla ahora de Amós? ¿Acaso tiene importancia más allá del círculo de los creyentes? ¿Qué puede decir a un hombre común y corriente, a un hombre racionalista y secularizado que se ha emancipado de toda tutela religiosa y que sólo acepta lo empírico, lo constatable?

Porque Amós, cualquiera que sea el fundamento de sus afirmaciones tiene un profundo sentido de la justicia. Cuando lo leemos nos

parece que estuviera hablando para nuestro tiempo. A diferencia de otras manifestaciones proféticas, populares que no trascendían los límites del individuo, los profetas bíblicos han sabido elaborar una política y una ética válidas para la sociedad entera, más aún para toda la humanidad. Muchas de las expresiones proféticas tienen un carácter eminentemente social y reivindicativo.

Pero hay una diferencia entre el carácter de la justicia social en los profetas paganos y en los profetas del ámbito bíblico. En la antigüedad pagana la justicia está despojada de todo carácter sagrado, ella ha sido en todas partes una conquista del espíritu laico, de la razón.

En Mesopotamia se identificaba con el buen funcionamiento de la administración. En Egipto, la justicia ha llevado consigo un debilitamiento del poder religioso real; las reformas sociales se llevaron a cabo en la misma medida en que el mito de la divinidad iba perdiendo fuerzas. Algo parecido podemos decir en Grecia. La idea de justicia no pudo desarrollarse hasta que la filosofía nacional logró arrancar bastante terreno a la religión mítica. Hesíodo, poeta griego, desarrolla en su obra "Los trabajos y los días", el tema de la justicia. Pero lo hace no por motivos religiosos sino porque la injusticia de su hermano le ha afectado su patrimonio. (Cfr. "Los trabajos y los días", p. 205 y ss.).

Para Mesopotamios, egipcios y griegos, la justicia es el orden policial en la ciudad, la salvaguardia de la propiedad, de los bienes adquiridos, de las jerarquías sociales. Los revolucionarios están para ellos en el mismo nivel de los bandidos, los ladrones, etc.

Algo totalmente distinto sucede en Israel: allí la justicia sigue siendo eminentemente religiosa. Es un atributo y no el menos importante de Dios. Y esto es lo que le da al profetismo bíblico su verdadero sentido. Solamente una justicia concebida como trascendente ha podido trastornar las concepciones sociales, hasta el punto de convertir al pobre, al que no posee nada, al hombre desnudo de todo, en el hombre justo.

Para entender la situación social en tiempos de los profetas hemos de considerar cuál fue la primitiva formación social del pueblo de Israel.

En el tiempo del desierto Israel llevó una vida nómada y el influjo de esa organización se mantuvo durante algún tiempo. En ese entonces los Israelitas gozaban más o menos de la misma condición social; aún no habían hecho su aparición las clases sociales y las desigualdades entre los miembros del pueblo.

El punto de partida del desarrollo socioeconómico de Israel hay que ponerlo en las diversas circunstancias y hechos que rodearon la ocupación del país; lo que era campo de pastoreo fue transformándose poco a poco en campos de cultivo; la tenencia de la tierra tenía

características especiales en Israel; al principio, de la ocupación había sido asignada por sorteo una parte de la tierra a cada familia; la propiedad familiar era comercializable, pero no quedaba tal posibilidad totalmente al arbitrio de la propia familia sino que tenía limitaciones, por ejemplo, no podía venderse sin más, sino que en caso de dudas o de extinción de una familia tenían prioridad para la adquisición los familiares más cercanos. Este orden económico tenía su justificación religiosa e ideológica en la creencia de que Yavé era el verdadero propietario y dueño de la tierra y los Israelitas simples administradores de la misma (Lv. 25, 23).

Esta formación social basada fundamentalmente en un pequeño campesinado patriarcal, no se mantuvo por mucho tiempo; al lado de esta concepción y de esta práctica social se desarrollaba en Palestina, sobre todo en el ámbito de las antiguas ciudades cananeas, un orden socioeconómico marcado por lo que podríamos llamar libre cambio, es decir, por la compra-venta de las tierras. Esta nueva forma de concebir el derecho sobre las tierras como adquisición mercantil permitía la acumulación de grandes propiedades en manos de unos pocos.

Las consecuencias de esta evolución son evidentes: la formación de una estructura social en la que un pequeño número de propietarios dominaba sobre una mayoría de personas sin ninguna propiedad y sin ningún medio de subsistencia como no fuera la dependencia de los anteriores.

Es sobre todo en tiempos de la monarquía, especialmente a partir de David, cuando este proceso se acelera. Se va formando así una clase social en la cual se reunían la riqueza, la propiedad y el poder, no sólo económico sino político, militar, judicial y hasta religioso.

SITUACION DE ISRAEL EN TIEMPOS DE AMOS

La doctrina profética no es una teoría formulada por un intelectual encerrado en su torre de marfil. Los profetas hacen parte de una sociedad y participan en su historia, sus vicisitudes, sus condicionamientos sociales, políticos y religiosos. Por eso sus palabras responden a una situación, están dirigidos a hombres concretos.

El escenario de la predicación de Amós fue el reino del norte, Israel. Una mirada sobre la situación de ese reino nos ayudará a ubicar las palabras de Amós en su justa perspectiva.

Gobernaba a la sazón Jeroboam II (786—746). Jeroboam II, una de las grandes figuras militares de la historia de Israel, aunque no conocemos ninguna de sus batallas, fue capaz de colocar su frontera norte donde había estado la de Salomón. No se sabe si Jeroboam restauró totalmente la frontera davídica en Siria y si llegó a Damasco, pero se

puede presumir una completa derrota de Damasco y la anexión, de las tierras arameas de la Transjordania.

A mediados del siglo VIII las dimensiones de Judá e Israel estuvieron muy cerca de alcanzar la extensión del imperio salomónico. Dado que parecen haber sido explotadas al máximo todas las ventajas de la favorable situación en que el país se encontraba, se produjo una prosperidad desconocida desde la época de Salomón. En paz mutua los dos estados y abiertas las grandes rutas comerciales, los peajes de las caravanas, y el libre intercambio de mercancías aumentaron las riquezas en el reino del norte. Todo ésto dio como resultado una prosperidad tal, como ningún israelita podría recordar. Los edificios espléndidos y el fino marfil incrustado, de origen fenicio o damaceno, encontrado en las excavaciones de Samaria, demuestran que Amós no exagera el lujo que disfrutaban las clases altas de Israel. La arqueología revela que florecieron notablemente varias industrias, v.gr. la del tejido y el tinte.

Esta descripción más bien espléndida debe ser matizada por otra menos hermosa, tal como nos la muestran los libros del profeta Amós y del profeta Oseas. De ella resulta que el reino del norte, a pesar de las apariencias saludables, se hallaba en un avanzado estado de descomposición social, moral y religiosa.

Aunque no sabemos cómo estaba organizada la administración del estado de Jeroboam, es cierto que la condición de los ciudadanos era dura y el estado casi no hizo nada por aliviarla. La sociedad israelita, tal como Amós nos la describe, estuvo marcada por grandes injusticias y fuertes contrastes entre extremos de riqueza y de pobreza. El pequeño agricultor cuyo estado económico era en el mejor de los casos limitado, se encontraba a menudo a merced de los prestamistas y de las calamidades graves: una sequía, una falla en la cosecha (Am. 4, 6a); expuesto al juicio hipotecario y al embargo, cuando no a la esclavitud. El sistema se hizo más áspero por el ansia que se aprovechaba sin piedad de las fianzas dadas por los pobres para aumentar sus dominios. Se recurría a prácticas dolosas, a la falsificación de pesas y medidas, a trampas legales, para conseguir sus fines, "Así dice el Señor: A Judá, por tres delitos y por el cuarto, no le perdonaré; porque venden al inocente por dinero y al pobre por un par de sandalias; revuelcan en el polvo al desvalido y tuercen el proceso del indigente (Am. 2, 6)". Los jueces eran venales y las prácticas deshonestas se extendieron por todas partes (Am. 5, 10—12) dejando a los pobres sin defensa. Eran robados y desposeídos en número creciente. La estructura social distintiva de Israel había perdido por completo su carácter.

A esa desintegración social corresponde una gran descomposición religiosa. Aunque los santuarios de Israel estaban en plena actividad, repletos de adoradores y pródigamente provistos (Am. 4, 4;

5, 21, 24), es evidente que la religión había degenerado; muchos de los santuarios eran abiertamente paganos; el culto a la fertilidad y sus ritos orgiásticos eran practicados en todas partes. Parece que incluso la religión oficial del estado había asimilado el rito de orden pagano. Muchos Israelitas eran adoradores de Baal; y lo peor del caso era que al culto se le había atribuido la función enteramente pagana de apaciguar a la divinidad con ritos y con sacrificios mediante los cuales se pretendían asegurar la paz del status quo. En los santuarios reales — nacionales hay un sacerdocio que vela celosamente por los intereses del estado. Los profetas que no contribuyen a la estabilidad son acallados. Muchos de ellos sobre todo los profetas colectivos habían sucumbido a la tentación general y se habían convertido en meros funcionarios del rey a quien halagaban con falsas promesas para recibir a cambio jugosas gratificaciones.

Lo paradójico o más exactamente trágico de dicho panorama es el optimismo que se respira; la situación establecida aparenta tener las garantías necesarias de la estabilidad y de la continuidad. Todo parece tan inmovible que nadie se deja inquietar. Esto lo provocaba en parte el orgullo, por la fuerza de la nación, por el horizonte internacional entonces despejado, pero también por falsas seguridades religiosas. Políticamente el mundo da la impresión de haber encontrado el encaje perfecto: socialmente los poderosos no ven posible un cambio de situaciones.

Las instituciones todas están al servicio de la paz; el pueblo se siente elegido; Dios es como una muralla que garantiza la seguridad de las cosas como están y como si fuera poco, las gentes esperan el famoso "Día de Yavé" día de triunfo espectacular de Israel sobre todo los pueblos y de glorificación mundana de sus realizaciones materiales.

Los conceptos fundamentales de la fe de Israel: elección, alianza, promesa, se mantenían pero prácticamente habían sido vaciados de su contenido, intrínsecamente estaban prostituidos.

La elección era considerada como fuente de privilegios: si eran el pueblo elegido no importaba su conducta moral. En cualquier hipótesis Dios los debía proteger. La alianza se la entendía no como un pacto unilateral en el que Dios se comprometía gratuitamente con el hombre, sino como un contrato bilateral, en el cual Dios quedaba obligado con el hombre y éste podía con un cumplimiento meramente formal y externo quedar en paz con Dios. La promesa se transformó en un elemento absoluto que no estaba ligado a ningún comportamiento humano.

Se había llegado a una religiosidad que no correspondía a la esencia de la verdadera religión; sí había huellas de algo adormecedor, tranquilizador, algo que alienaba y no despertaba en el pueblo ni en las clases dirigentes, la verdadera conciencia de sus obligaciones.

Es entonces cuando aparece en escena el profeta Amós. Su actividad se desarrolla probablemente entre 760—750 a.C. Procedía de Tecua, una pequeña aldea del sur, Judá, a unos 20 kilómetros de Jerusalén. Combinaba las profesiones de pastor y agricultor. Hay que tener presente esto para entender su manera de actuar y de expresarse.

Por su origen algunos lo tendrían por hombre rudo e inculto. Rudo lo fue: llamaba las cosas por su nombre, al pan pan y al vino vino; pero no era inculto; sus viajes le dieron oportunidad de ampliar horizontes, conoce bien la historia de su pueblo y las realidades políticas no le son ajenas; se ha asomado a los confines de su pueblo y presiente los pasos amenazadores de Asiria que se dirige hacia el oeste.

No se deja identificar con los grupos de profetas que en su tiempo se habían degenerado y estaban al servicio del estado y del rey que acallaban las conciencias de sus clientes anunciándoles una paz y una prosperidad engañosa. El título de profeta, nabí, había llegado a ser ambiguo. Amós se disocia de esta categoría de profetas que se ganan el pan con el ejercicio de esa profesión: “No soy profeta, ni hijo de profeta!” (Am. 7, 14) responde él al sacerdote de Betel que lo identifica con los profetas de profesión. Amós no es de los tales, lo es por vocación: “El Señor me sacó de la guarda del rebaño y me dijo: Ve a profetizar a mi pueblo Israel” (Am. 7, 15). Esa llamada desbarata la vida de Amós. Renuncia a su oficio anterior y a sus intereses; ahora tiene que enfrentarse al sacerdocio, al pueblo, al rey. Pero Amós no se siente solo, sabe que está apoyado por la fuerza de la palabra de Yavé: “Ruge el león ¿quién no se atemoriza? Habla el Señor ¿quién no profetizará?” (Am. 3, 8). Las palabras de Amós debieron resonar como un trueno en una tarde tranquila de verano. Su mensaje que denunciaba seguridades inseguras debió oírse como algo extravagante en medio de tal prosperidad y en situación tan confiada y autosatisfecha. El campesino de Tecua mira las cosas desde una perspectiva diferente a la de su tranquilo y seguro auditorio.

PREDICACION DE AMOS

Amós denuncia abiertamente, sin temor al escándalo, las falsas seguridades de orden político, social y religioso. Al contrario de otros profetas a Amós no le preocupan los dioses extranjeros: otro es el peligro. Prácticamente Yavé ha sido expulsado de la vida diaria, no se le tiene en cuenta, pero la culpa de este fenómeno no es atribuible a ningún dios de los pueblos vecinos, que a veces ejercieron una atracción funesta sobre Israel. Es el dios dinero el que acapara por completo el corazón del hombre.

Según Amós, el lujo, la posibilidad de enriquecerse, es la única meta de la clase dominante y hacia ella tiende toda actividad. Los ricos creen acumular un capital que les permita vivir cómoda y lujosamente, pero a los ojos de Dios, les dice Amós, acumulan crímenes y violencia en sus palacios (Am 3, 10). En definitiva lo que a esa gente le interesa son los bienes terrenales aunque sean adquiridos mediante la opresión económica disimulada con prácticas permitidas por las costumbres cananeas que se querían hacer pasar por legales. Hay una parte importante en la población que sólo se preocupa por atesorar: Han prescindido de Dios para poner el corazón en sus tesoros, y este culto a los bienes terrenos sólo puede llevarse a cabo mediante la opresión de los pobres; se crea así una profunda división en la sociedad.

Al leer Amós hay un hecho sobre el que llaman la atención muchos autores: Es la frecuencia con que el profeta emplea el término palacio. En 6,8 leemos "Detesto el fasto de Jacob y odio sus palacios". ¿Por qué ese odio de Yavé? Porque los palacios son la imagen perfecta del poder y la riqueza conseguida a costa de los pobres. Los palacios son el lugar donde preferencialmente se da culto al dinero. Un oráculo de profundo contenido social es el que leemos en 8, 4—7. "Escuchadlo los que exprimís a los pobres y elimináis a los miserables; pensáis: ¿cuándo pasará la luna nueva para vender trigo o el sábado para ofrecer grano y hasta el salvado de trigo? Para encoger la medida y aumentar el precio, para comprar por dinero al desvalido y al pobre por un par de sandalias.

Aquí Amós expone con claridad el contraste entre el culto a Dios y el servicio al dinero. Es evidente que el corazón de esta gente no está puesto en el Señor sino en el dinero. Ellos mismos lo reconocen; las fiestas religiosas no les interesa, el culto a Dios, lo miran más bien como un obstáculo. En el oráculo se hacen patente dos actitudes: el culto a Yavé y el deseo de enriquecerse mediante una actividad comercial a veces ilícita. La fidelidad a Yavé está marcada por la preocupación social, por el amor al hermano, al débil, al pobre. En Dt. 5, 15 se nos da como motivo fundamental de la observancia del sábado el descanso del esclavo y la esclava; por el contrario, la codicia es cruel, produce víctimas, exprime y arruina a los pobres para obtener beneficio del dios dinero.

En 2, 6b el profeta denuncia a los que venden por dinero al hombre honrado y al pobre por un par de sandalias. La fuerza que pone en movimiento esta compraventa de esclavos es el ansia de enriquecerse.

Hay una condena sarcástica contra las mujeres de samaria que llevan a sus esposos a explotar a los pobres; Amós las llama vacas de Basán, referencia irónica a los ganados de esa región gordos y lustrosos: "Escuchad esta palabra, vacas de Basán, en el monte de Samaria: Oprimís a los indígenas, maltratáis a los pobres y pedís a vues-

tros maridos: "Trae de beber". El Señor lo jura por su santidad: Os llegará la hora en que os cojan a vosotras con garfios, a vuestros hijos con ganchos; saldrá cada una por la brecha que tenga delante, y os arrojarán al estiércol" —oráculo del Señor— (4, 1—3). Cuando el hombre opta por aumentar sus riquezas oprimiendo los débiles no decide simplemente entre dos realidades intramundanas: el hombre o el dinero, la opción es entre Dios y el dinero. El hombre imagen de Dios, queda postergado ante el dinero, imagen de Mamón.

Esta forma de actuar, completamente contraria al espíritu fraterno que Dios exige a su pueblo, se ve respaldada por la vanalidad de los jueces que "convierten la justicia en amargura y arrojan el derecho por tierra" (5, 7), que "odian a los acusadores y detestan al que habla con franqueza" (5, 10), que "aceptan ser sobornados y hacen injusticia al pobre en su tribunal" (5, 12). De nuevo la persona humana y Dios a través de ella son víctimas de la ambición, del deseo de tener más.

Uno de los temas más desarrollados en la predicación social de Amós es el de los oprimidos. Los ve esclavizados por no poder pagar sus deudas; humillados en la calle (2, 7) y en los tribunales (5, 12); ve a la esclava víctima de la pasión de su señor (2, 7b); al pobre acostándose en el suelo sin un manto con qué cubrir (2, 8); a los viñadores entregando su viña para pagar una deuda.

En una palabra Mamón, el dios dinero, domina los factores más diversos de la sociedad: terratenientes, comerciantes y jueces. A él le rinden cultos las clases altas de Samaria; es una sociedad dominada totalmente por el deseo de tener más y por el dios de la riqueza.

Este Dios no necesita templos o lugares de culto especiales. Cualquier sitio, especialmente las mansiones lujosas, son aptas para rendirle adoración. Mamón es Dios secular, un dios de la tierra; de los dioses celestes se ha pasado a los dioses de aquí abajo, tangibles y por lo tanto más apetecibles. Cualquier cosa puede ser revestida por el hombre con el brillo de lo divino y adorada después como su dios.

La divinización de una realidad no es un hecho libre sino una necesidad cuando se renuncia a un Dios verdadero: "El que niega a Dios se talla la imagen de un ídolo". La explicación de este fenómeno tiene su fundamento en la necesidad de lo absoluto de la persona humana que se vincula a la realidad absoluta, o bien absolutiza realidades parciales.

La lucha de Amós contra la absolutización de los bienes terrenos es en realidad una lucha contra la idolatría. En ese sentido podríamos decir que los profetas, Amós en particular, eran ateos; ser ateo es negar a Dios; pero ¿de qué Dios se trata? Los romanos consideraban ateos a los judíos y primeros cristianos porque se negaban a adorar la divinidad del emperador. En cierto sentido podemos decir pues que los profetas eran ateos cuando negaban al dios dinero, al dios

Mamón; pero por otra parte afirmaban la existencia del verdadero Dios; y esto quizás tenga su importancia cuando se habla del ateísmo de ciertos pensadores. En realidad ¿no estarán negando sólo un tipo de divinidad e implícitamente afirmando por lo mismo al Dios que no cae bajo su negación, pues ni siquiera lo conocen?

Al absolutizar los bienes terrenales los israelitas estaban negando al verdadero absoluto, al Dios totalmente Otro: en otras palabras estaban rechazando la alteridad, y al hacerlo la persona se cierra sobre sí misma y se constituye en señor y dominador único, y dentro de ese proceso aparece también la negación del prójimo, es decir la injusticia y la opresión. La idolatría es pues negar al Otro absolutizando lo terreno; cometer la injusticia explotando al hermano para rendir culto a la riqueza. La divinización de la propia persona o del propio sistema implica la negación del Dios Otro, y, por ende la negación del propio poder del Otro. Se convierte así en el fundamento de la injusticia antropológica, política y económica.

Pero lo trágico y contradictorio de esta situación es que esta gente pretende rendir culto a Yavé: Los santuarios están llenos de peregrinos; su creer o saber propio se apoya en la religión y en el culto; apelan a las antiguas tradiciones.

El dogma de la elección hace creer a Israel que Dios es una propiedad; Amós desenmascara esa vana pretensión: la elección no es fuente de privilegios, sino de responsabilidades: "Sólo a vosotros escogí entre todas las tribus de la tierra, por eso os tomaré cuentas de todos vuestros pecados" (Am 3, 2). Amós cree en la elección y se siente dentro de ella, pero el Dios que elige es más grande de lo que su pueblo se imagina. El profeta no le llama "Dios de Israel" sino dueño del universo; su soberanía no alcanza sólo un pueblo sino todas las naciones; como estuvo presente en el éxodo de servidumbre de Israel, lo estará en el éxodo y movimientos de liberación de otros pueblos (Am 9, 7). La primacía de Israel sobre otras naciones es vanidad insolente. La convicción de que Dios está ligado al pueblo de Israel con su promesa, cualquiera que sea su comportamiento, es una aberración. La seguridad de la fe de Israel se apoya en falsos fundamentos.

Con una ironía creciente, Amós echa por tierra la autosuficiencia falaz del culto. En él, el pueblo se buscaba a sí mismo, no a Yavé: "Así dice el Señor a la casa de Israel: buscadme y viviréis: no busquéis a Betal, no vayáis a Guilgal, no os dirijáis a Berseba. . . buscad al Señor y viviréis" (5, 4) y más adelante: "Detesto y rehusó vuestras fiestas, no me aplacan vuestras reuniones litúrgicas; por muchos holocaustos y ofrendas que me traigáis, no los aceptaré ni miraré vuestras víctimas cebadas. Retirad de mi presencia el barullo de los cantos, no quiero oír la música de la cítara; que fluya como agua el derecho y la justicia como arroyo perenne" (5, 21—24).

Con sus ritos Israel quiere darle algo a Yavé, pero Yavé no quiere

recibir nada. Es el pueblo el que debe recibir de él, el derecho y la justicia; la acción del pueblo es una falsa liturgia; en el fondo el hombre se busca a sí mismo, se niega a Yavé aún cuando quiere hacer aparecer lo contrario: mediante un culto que ha perdido todo sentido. No es el culto verdadero; es una caricatura, es un culto alienante, porque quiere mantener el orden establecido y adormecer y tranquilizar las conciencias de los israelitas.

No menos radical es la crítica que hace Amós a la vida social. Más aún, hay una relación profunda, diríamos dialéctica, entre el culto y la vida cotidiana. Recordemos el texto anteriormente citado (5, 21—24): detesto y rehúso vuestras fiestas. . . que fluya como agua el derecho y la justicia como arroyo perenne. La falsa liturgia aparta del prójimo; la verdadera liturgia activa la vida social mediante el derecho y la rectitud.

En 5, 14 se nos explica esto más claramente: "Buscad el bien, no el mal, y viviréis y estará realmente con vosotros, como decís, el Señor Dios de los ejércitos. Odiad el mal, amad el bien, instalad en el tribunal la justicia". Dios no está encerrado en el templo, no se lo encuentra en la liturgia tal como la practicaban los judíos, está en las puertas de la ciudad, lugar en donde se administraba justicia cuando ésta se aplica rectamente.

Habíamos dicho anteriormente que uno de los temas que más desarrolla Amós es el de la opresión: este tema tiene como relativo la justicia. Aquí tendríamos mucha tela que cortar, pero trataremos de ser breves. En Amós, como en el resto de la Biblia, el concepto de justicia no equivale exactamente al nuestro; además no es una idea teórica, sino una preocupación existencial, no es un ideal quimérico, sino lo único que puede salvar a Israel. Las injusticias que dominan son la negación de la persona y de la comunidad, el mal que corroe la historia desde dentro.

El gran pecado del pueblo es la injusticia: "No saben comportarse lealmente" (3, 10). Se viola el derecho de los otros, se les impide el que puedan llegar a ser. Las instituciones de la justicia debieran remediar los males de la injusticia, pero ésta reina a sus anchas en lugar de la primera: Los oprimidos no tienen cómo hacer valer sus derechos". ¡Ay de los que convierten la justicia en acíbar y arrastran por el suelo el derecho, odian a los fiscales del tribunal y detestan al que depone exactamente! . . . Sé bien vuestros muchos crímenes e innumerables pecados: estrujáis al inocente, aceptáis sobornos, atropelláis a los pobres en el tribunal" (5, 7—10.12).

La llamada de Amós tiene energía religiosa: Dios reclama con él justicia para el pobre. Con su no a la situación injusta de su momento histórico el profeta construye lo que debe ser el pueblo de Dios: hacer que cada persona obtenga lo que es necesario para ser persona libre, eso es cumplir con la justicia. No es una utopía sino una tarea que hay

que realizar. Para Amós la justicia abarca mucho más de lo que nosotros pensamos: Se refiere a Dios y al hombre, es ética y religión. No se puede estar en justa relación con Dios si no se está en justa relación con el hombre.

La crítica de Amós no se refiere simplemente a casos particulares como podría hacerlo creer una lectura rápida y superficial de su mensaje. Su crítica es radical, va al fondo de la cuestión; no es éste o aquel caso individual el que es censurado: es toda la concepción de vida el pueblo de Israel lo que está en tela de juicio. El pueblo ha falseado la religión; su culto no es el culto de Yavé sino el del dios riqueza. El mensaje de Amós muestra que el pueblo en realidad ha cambiado a su Dios, Yavé; en su lugar ha entronizado un ídolo y el culto es inauténtico porque en él lo que se pretende es manipular a Dios. Amós rechaza esa idolatría del dinero causa de todos los males que afligen a Israel y la prueba de que la religión y el culto no son auténticos la tiene Amós en la forma como se ha desterrado la justicia. Se explota y se odia al hermano porque no hay amor a Dios.

En esa crítica radical de la religión muchos ateos modernos están de acuerdo con Amós. Como ellos, también él rechaza al dios ídolo que permite la explotación y quiere mantener a toda costa el status quo. Pero Amós va más allá. No se contenta con negar al dios falso sino que afirma al dios verdadero, al dios de la justicia, de la igualdad, de la comprensión, de la paz.

No pensemos que Amós es un caso único en la Biblia. Podríamos traer a cuento muchas otras citas de diversos profetas que se refieren a la justicia v.gr. la protesta de Elías cuando el rey Ajab asesina a Nabot para apoderarse de su viña. La crítica que hace Isaías del culto formalista de Israel que no va acompañado de la práctica de la justicia con el hermano: "¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios? —dice el Señor—. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones; la sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me agrada. ¿Por qué entráis a visitarme? ¿Quién pide algo de vuestras manos cuando pisáis mis atrios? No me traigáis más dones vacíos, más incienso execrable. Novilunios, sábados, asambleas, no los aguanto. Vuestras solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Cuando extendéis las manos, cierro los ojos; aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé. Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones: Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien; buscad el derecho, enderezad al oprimido; defended al huérfano, proteged a la viuda" (Is. I, 11—17).

En el Nuevo Testamento las palabras duras de Santiago denuncian una situación de opresión e injusticia que podrían ser de hoy día: "supongamos que en vuestra reunión entra un personaje con sortijas de oro y traje flamante y entra también un pobretón con

traje mugriento. Si atendéis al de traje flamante y le decís: Tú siéntate aquí cómodo” y decís al pobretón: “Tú, quédate de pie o siéntate aquí en el suelo junto a mi estrado”, ¿no habéis hecho discriminaciones entre vosotros? y ¿no os convertís en jueces de raciocinios inicuos? Escuchad, queridos hermanos, ¿no fue Dios quien escogió a los que son pobres a los ojos del mundo para que fueran ricos de fe y herederos del Reino que él prometió a los que lo aman? Vosotros, en cambio, habéis afrentado al pobre. (Sant. 2, 2—6).

El mismo Jesús condena las riquezas cuando declara: Nadie puede servir a dos señores; no podéis servir a Dios y al dinero (Luc. 16, 13) y pone en entredicho la salvación de los que viven en función del dinero: “Con qué dificultad entran en el Reino de Dios los que tienen el dinero”. “Porque es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios” (Luc. 18, 24—25).

CONCLUSION

El mensaje de Amós sigue teniendo actualidad. El nos recuerda que donde no hay justicia, no hay verdadera religión, sino culto a un ídolo. Hoy Amós tendría muchas cosas que decirnos. Desafortunadamente su mensaje resbala por los oídos de muchos sin encontrar eco. No se quiere sentir el latigazo de su palabra que busca despertar conciencias adormiladas y drogadas por una falsa religión.

Pero cuando se le conoce y se le lee no puede uno quedar indiferente a sus palabras. Escribe un famoso comentarista alemán: “Quizás Amós lograría hacer sentar en una misma mesa a comunidades cristianas y grupos de revolucionarios y señalarles caminos. Amós es el contemporáneo de cada generación que camina hacia su destino. Es el hombre de los fuertes contrastes de la protesta acerba y el precursor del cambio inevitable”. Como tal él es testigo de aquel en cuyo nombre proclama: Buscadme y viviréis.